

Lo trajeron de Europa seis años después



Eladio Jara Jiménez

"La tez de caliente armiño, de nieve el redondo seno, flor de granado la boca y hebras de oro los cabellos; los ojos como dos chispas, digo mal, cual dos luceros de esos que en noches oscuras cruzan veloces el cielo; la cintura de serpiente por el ágil culebreo, y los pies como de brama pisececitos de muñeco.

Cuando sale por la calle con su rebocito nuevo, con su camisa de encajes, y sus enaguas de vuelos, de tentaciones la niña va sembrando un semillero, y llevándose los ojos de todos con su gracejo.

Quien le dice: "Palomita, por sus ojos hechiceros estoy muriendo de amores, de angustias estoy muriendo". Otro: "Bendita la madre que te ha llevado en su seno, y Dios que te hizo esa cara y ese cuerpo sandunguero".

Así regado de flores dejan todos el sendero por donde pasa la hermosa, la del rebocito nuevo, la de la boca de grana la de los ojos de fuego. Ella a ninguno responde: pero se vuelve sonriendo y da gracias con los ojos, que es cual darlas con el

(cielo:

y después sigue la marcha cimbrando el gracioso cuerpo con un aire de princesa que infunde a todos respeto.

Los sastres dejan la aguja, sus hormas los zapateros, los dependientes de tiendas ponen a un lado los géneros, el médico sus recetas, sus navajas los barberos, los periodistas las plumas con que escriben sus enredos. Dejan tirada la plata en el banco los cajeros y hasta el obispo se asoma, santiguándose primero, al ver pasar la hermosa, la del rebocito nuevo, la de la boca de grana, la de los ojos de fuego; la que el alma me envenena con su desdén sempiterno, quitándome el apetito, arrebatándome el sueño la que me ha puesto, señores, materialmente en los huesos, más flaco que un afilero y más pálido que un muerto; por la que paso las noches rondando como sereno; por la que me he de morir si Dios no pone remedio, si no le suaviza el alma, que es dura como un madero; si no le quita el desdén con que responde a mis ruegos diciéndome: "No me emporras; ya le he dicho, caballero, que busque con quien jugar, que yo no soy un muñeco; que aunque pobre soy honrada y sé ganar mi sustento, y antes que manchar mi

(nombre, de hambre y miseria me

(muero;

y por último que deje de amolarme con sus ruegos, porque va a costarle caro si lo sabe mi Sotero; y se sacará la rifa, porque es un león en lo fiero, y me ha dicho que ha pensado

(hacer

un buen escarmiento con el primer señorito que me diga un chico'leo". Lo ven ustedes, señores? Esto no tiene remedio, y yo me siento morir y de pena desfallezo; y he de hacer una trastada, una locura de a pliego, si no cambia de conducta, si no se le ablanda el pecho a la muchacha garbosa, la del rebocito nuevo, la de los labios de grana, la de los ojos de fuego".

Así eran sus versos, sencillos y sentimentales; a veces tristes, a veces alegres, describiendo siempre el alma criolla del pueblo. Su héroe fue el campesino y la astucia de éste, su musa. El verso identificó al poeta y el poeta dibujó a Costa Rica como nadie lo había hecho antes.

En 1908 Aquileo se sintió enfermo y un día partió hacia Europa en busca de salud. No sabía entonces que ese era su último viaje. El 11 de marzo de 1909 la muerte le sorprendió en Barcelona, lejos de los suyos y de la patria a la que tanto había querido. Lo enterraron en un rincón del cementerio a orillas del Mediterráneo sin pena ni gloria y a los tícos Tes quedó en la conciencia el pesar de no haber hecho un esfuerzo por traer los restos de aquel cuyos versos memorizaban los chiquillos de todas las escuelas. Había muerto tan solo y tan lejos!

Pero seis años después esa conciencia despertó y se iniciaron las contribuciones populares.

Los costarricenses estaban dispuestos a saldar su vieja deuda con el poeta. Vendría a su patria y se le harían honras fúnebres como él las merecía y se le colocaría en una tumba digna de su memoria en el Cementerio de San José.

Cuando las contribuciones fueron suficientes, se le encargó a Eduardo Calsamiglia recoger los restos de Aquileo en aquel cementerio de Europa.

Dejemos que él mismo nos cuente cómo cumplió su misión.

"Esta mañana se efectuó la exhumación de los restos de Aquileo Echeverría. A presentarse la triste ceremonia fuimos—don Luis Nieto y yo. Estaba el día lluvioso y helado. En el Cementerio del Oeste, a donde llegamos a las 10, nos esperaban dos mozos de la funeraria custodiando la urna mortuoria en que iban a depositarse los restos del poeta. Descendimos del carruaje y comenzamos a subir los senderos de la gran acrópolis construida en las faldas del histórico Monjuich. Allí, a la vista del próximo Mediterráneo, entre caprichosos mausoleos y bajo la sombra amiga de los cipreses, la muerte asume una majestad melancólica. Pero seguimos subiendo por vías que ascienden en anchas espirales hasta el varaje alto del cementerio, departamento de los desheredados, lugar en donde, a la morada de los que han sido, ya no presta el mármol su decoro, ni brinda el ciprés su plácida sombra. El sendero angosto avanza entre dos altas moles de piedra, paredes semejantes a estanterías macabras, donde los nichos están numerados y clasificados como en un grande almacén de podredumbre humana. Allí la muerte pierde su serenidad augusta y aparece escueta y repugnante. Dos sepulteros, en la concavidad de una fosa sin concluir, hacían fuego con la madera de ataúdes exhumados, para calentar un mísero desayuno. El empleado que nos guiaba se detuvo al fin. Aquí es—dijo—. Allí era: sobre una lápida muy humilde vi grabado con caracteres negros el nombre del amigo inolvidable:

AQUILEO J. ECHEVERRÍA

De un clavo colgaba una ofrenda floral marchita apenas, una corona.

—La envié usted, me preguntó don Luis.

—No.

¿Qué mano dejó allí aquel anónimo recuerdo? ¡Quién sabe! Tal vez algún sepultero, que sin fijarse, la cambió de una tumba a otra.

Llegaron los mozos con la urna y un empleado viejo y sonriente, abrió el nicho en pocos momentos.

Otro sonriendo estúpidamente sacó el ataúd carcomido.

Ante mi vista aparecieron los despojos del hombre a quien conocí siempre jovial, siempre lleno de entusiasmos generosos y de ilusiones indefinibles. El poeta de nuestra única poesía, el gran intérprete de nuestro pueblo, la más alta cumbre de la literatura genuinamente cos-

tarricense. Aquellos deformes restos eran los suyos; en aquel cráneo vacío que las manos de un sepultero levantaban sin respeto, vibró el numen de mi patria. Una ráfaga fría esparció sobre nosotros parte de aquel polvo. Yo, entre tanto musitaba, a manera de plegaria, estrofas de Aquileo que se de memoria y evoqué su imagen viviente con tal fuerza, que me pareció verla a lado del ataúd roto, contemplando su propio esqueleto. Y aún escucho su voz, cuyo timbre simpático no olvido, recitando, como me lo recitó en Heredia hace ya muchos años, este soneto de Núñez de Arce:

Un rey, en su soberbia
(desmedida
quiso legar al mundo su
(memoria,
y, por miles de esclavos,
(construida
evó una pirámide mortuoria
Vano y estéril sueño! Ya la
(historia
no recuerda su nombre ni su
(vida
que el tiempo cruel, en su veloz
(corrida
dejó la tumba y se llevó la
(gloria.

Entre tanto los sepultereros concluyeron su tarea y cerrada la urna sobre el funeral depósito, descendimos con ella el camino del cementerio. En la puerta fue colocada en un coche y don Luis y yo la seguimos en otro carruaje a través de esta gran ciudad, hasta dejarla a bordo.

Van a la patria los despojos de Aquileo. Aquí su cuerpo reposó seis años en el más triste y pobre de los departamentos de la necrópolis. Que allá, para que Costa Rica enmiende su injusticia, repose en una tumba digna de lo que fue y de lo que representó para los costarricenses; en un paraje del cementerio donde los cipreses brinden su plácida sombra y en una tumba donde el mármol preste su decoro a la postrera morada del gran poeta. Costa Rica debe esa reparación!

Eduardo Calsamiglia
Barcelona, 11 de febrero de ...
1915".

A pesar de los grandes nubarrones que encapotaban el cielo presagiando el fuerte aguacero que comenzó temprano, la Iglesia del Carmen se encontraba totalmente llena. Todas las clases sociales se dieron cita en el templo para rendir su último tributo al poeta vernáculo. Al centro de la nave rodeada de sirios encendidos descansaba la urna cineraria de roble charolado con las iniciales del extinto a un costado en letras de plata.

Don Aquileo E. Echeverría, padre del poeta, ya muy anciano pero erguido ante su dolor profundo montaba guardia al lado de los restos de su hijo acompañado por don Ricardo Fernández, Presidente del Ateneo de Costa Rica.

Los oficios solemnes estuvieron a cargo de los canónigos Zúñiga y Zavaleta y la música dirigida por el maestro de capilla don Ricardo Calderón con quien colaboraban la diva Zelmira de Capella y el tenor Alejandro Aguilar. Ninguno de ellos quiso cobrar sus servicios; rendían así su postrer homenaje al artista desaparecido.

A las tres de la tarde con quince minutos terminaron los oficios religiosos y se inició el desfile hacia el Cementerio. El elegante coche fúnebre iba completamente cubierto de coronas y cintas moradas con inscripciones de cariño enviadas por la mayoría de las entidades públicas y privadas del país.

Al depositar al fin, después, de tanto tiempo, sus restos mortales en el regazo de su tierra materna, se oyeron las voces de elogio de tantos amigos que en la vida y en la muerte supieron comprender el valor de su obra inmortal.

Ahí descansará para siempre en su morada de mármol y bajo los cipreses cuya sombra emana de la savia extraída de la propia tierra que lo vio nacer.

Queda así reparada la injusticia de que hablaba Calsamiglia.